

MARCELO MONSERRAT

La mentalidad evolucionista como una ideología del progreso, en la Argentina del 80 al Centenario

Con toda razón ha escrito Yals Morazé que “desde 1870, de uno a otro extremo de Europa, tener espíritu científico, ser positivo, equivaldría a unirse al evolucionismo”.

Así también ocurriría en nuestra Argentina en trance de europeización, pero, como en el Viejo Continente, el evolucionismo serviría también para pretender la legitimación de una poderosa ideología social: la del progreso. En una obra ya clásica, John B. Bury ha mostrado la sorprendente historia de la concepción progresista en Occidente. No cabe sino reconocer con él que “*El origen de las Especies* condujo al tercer estadio en los avatares de la idea del progreso. Así, hacia 1870-ñ80, la idea de progreso se convirtió en un artículo de fe para la humanidad, en una parte de la estructura mental genérica de las gentes cultivadas”.

El progreso de la humanidad se manifestaba, pues, como un hecho necesario, como una lógica secuela del desarrollo cósmico. Se explica así la fervorosa adhesión a esta suerte de religión secular que se difundió desde la cima hasta la base del edificio social. Ésta era la que proporcionaba aquella seguridad interior que reclamaba Sarmiento en su Homenaje Póstumo a Darwin “a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma”.

Desde los exclusivos clubes de la gente de pro o aquellos comercios orgullosamente erigidos por inmigrantes bajo el rotundo nombre de *El Progreso* hasta las ediciones españolas de Francisco Sempere, fundadas en Valencia con el patrocinio de Blasco Ibáñez y que tanto harían por la difusión del evolucionismo heckeliano en las filas del anarquismo; desde el Jardín Zoológico porteño que dirigiera celosamente Holmberg entre 18888 y 1903, ganándose el afecto popular, hasta aquella *Verbena de la Paloma* que haría furor en el Buenos Aires del 900 y que reclamaba con madrileño gracejo que “hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad”; desde la Escuela Normal de Paraná hasta los “Cordobese germans sabios” como llamó Gould a los profesores que acompañaban a Roca en su decisiva campaña del desierto; desde el atrevido impulso de Luis Jorge Fontana, colaborador de Burmeister y explorador intrépido del Gran Chaco, hasta el afán taxonómico del botánico Cristóbal M. Hichen, discípulo de Homberg y fundador del *Darwinion*; desde las tierras del sur exploradas por el infatigable Perito Moreno o por Estanislao Zavallos hasta el celeste hemisferio austral descrito por Gould en su *Uranometría Argentina* y en los trabajos que llevó a cabo hasta su regreso a los Estados Unidos en 1885; en todas estas vigorosas expresiones y en muchas más, se vertirá hondamente, más allá de la palabra, la fe positiva en el progreso evolutivo.